

DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ROMULO GALLEGOS, PRESIDENTE
DE LA COMISION INTERAMERICANA DE DERECHOS HUMANOS, EN LA
SESION PROTOCOLAR CELEBRADA POR EL CONSEJO DE LA OEA EL
13 DE OCTUBRE DE 1960 EN HONOR DE LOS MIEMBROS DE LA COMISION

Señor Presidente,
Señores Representantes,

Gratamente obligado por el grande honor que me hizo este alto cuerpo al elegirme miembro de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, aprovecho complacido la oportunidad que me ofrece la presente reunión para expresarle mi agradecimiento, como también a los demás integrantes de la Comisión, por la generosidad que demostraron al designarme su Presidente. Es con tal carácter y en nombre de la Comisión que debo agradecer además, esta sesión en su honor, demostrativa por sí misma de lo mucho que se espera de sus labores.

En cuanto a las palabras de elogio a los miembros de la Comisión que acabamos de oírle al señor Presidente del Consejo, han sido sin duda justicieras al tratarse de mis compañeros de labores; pero, sin incurrir en alardes de falsa modestia, no puedo atribuir las que a mí se han referido sino a generosidad.

Está, sin duda, puesta la confianza de todos los pueblos de nuestro Continente en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, que no podrá ser, simplemente, una más entre las de la Organización de los Estados Americanos, de misión incierta o precaria, artificialmente superpuesta a la realidad, donde en la letra de las leyes ya están debidamente previstas la defensa y la protección de los derechos inherentes a la naturaleza de la persona humana. Por lo cual pudiera objetarse que la Comisión no viene a llenar vacío, no pasando de ser añadidura de formalismos con los cuales se disfrace gana insincera de preservar la dignidad del hombre, aspiración fundamental de la democracia.

Efectivamente, en nuestros pueblos las cosas pasan, bajo el paramento de las instituciones jurídicas y políticas, como si en todos ellos la persona humana tuviese suficientemente garantizadas su libertad, su tranquilidad, su dignidad - su felicidad en suma -, pero no es cierto que así ocurra siempre y en todas partes, como tampoco puede ya ser admitido que las fronteras geográficas hagan para un pueblo totalmente ajena la suerte de otro y menos aún cuando un mismo espíritu y análoga historia los traigan ya encaminados hacia un mismo destino, como sucede en la mayoría de los que componen nuestro Continente.

En las altas esferas del espíritu, donde se mueve el pensamiento conductor de la experiencia humana hacia las realizaciones de la fraternidad universal - por encima de las aspiraciones mezquinas, de los egoísmos intransigentes y más aún de las apetencias de zarpazo y dentellada que todavía puedan estar permitiendo que el hombre sea lobo para el hombre, tanto en el orden individual como en el colectivo de los pueblos - toda actividad que sea ejercicio de buena calidad responsable debe dedicarse a procurar que la inmensa familia humana, sin distinguos de razas, de credos religiosos o políticos, tenga una igual, una misma posibilidad de disfrutar del bien de la vida, al amparo del orden jurídico estrictamente respetado en todos los pueblos.

De donde proviene que en la Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre, figure con carácter impositivo esta aspiración que a la letra copio: "que la protección internacional de los derechos del hombre debe ser guía principalísima del derecho americano en evolución".

Se tiene la impresión de que un trascendental paso en tal sentido se dió en la Sexta Reunión de Cancilleres, efectuada en San José de Costa Rica en agosto recién pasado, donde atendiendo a justas peticiones de Venezuela se tomaron determinaciones que pueden caracterizar una nueva etapa en la evolución del sistema interamericano, dentro de una estructura jurídica de amplia visión continental. Aspira Venezuela -en firme posición de mantenimiento del principio de no intervención, respetuoso de la libre determinación de los pueblos para el cumplimiento del destino histórico- a que las naciones que pueblan nuestro Continente, organizadas bajo el imperio de instituciones democráticas, se ajusten a "un régimen de libertad y de justicia social fundado en el respeto de los derechos del hombre", para cuya eficacia práctica se requiere dotar a la Organización de los Estados Americanos de los mecanismos que garanticen su efectividad, pues si es cierto que en todas esas naciones existen leyes que defienden y protegen los mencionados derechos, desgraciadamente también lo es que en varias de ellas a la letra de las leyes no corresponden las prácticas imperantes. Tanto por las inclinaciones despóticas de los gobiernos antidemocráticos que, con alarmante facilidad, se implantan y se imponen en algunos de nuestros países, como por el apoyo que les prestan los intereses tradicionales acomodados a las prácticas violatorias de la libertad, la tranquilidad y la dignidad humanas. Sin que ésto quiera decir, desde luego, que en otras partes del mundo no ocurran las mismas o peores cosas.

Hablo de Venezuela, aún cuando no he venido aquí a actuar en representación exclusivamente suya, porque siendo la porción de América que mejor conozco y siento, de ella derivo la experiencia que me autorice a tratar problemas extraños de análoga naturaleza. Y sea ésta la ocasión para afirmar que el país de donde provengo, sin abandonar el principio de no intervención que toda América preserva como garantía de la común dignidad, jamás lo invocaría para oponerse a las lícitas medidas que, obedientes a la misma preocupación de dignidad, se acuerden para garantía efectiva de los derechos reconocidos por las leyes a los ciudadanos de este Continente y que algunos gobiernos desleales conculcan en beneficio de transitorios intereses políticos.

Lamentable es que aquí mencionarlo -que las personas, sujetos reales- de los derechos que se nos ha encomendado proteger, no hayan sido dotadas de la capacidad requerida para denunciar los atropellos de que hayan sido víctimas. Abrigo la esperanza de que la Institución que integramos progresará en éste y otros aspectos hasta coincidir con lo que los pueblos nuestros reclaman y necesitan. El propio Estatuto de la Comisión señala caminos para su perfeccionamiento. De nosotros, de nuestro tesón y de nuestro valor moral, dependerá en mucho el porvenir de esta conquista, aún incipiente, que han puesto en nuestras manos los gobiernos del Hemisferio. Pues el respeto a la dignidad del hombre, la efectiva defensa de sus fueros debe ser la preocupación fundamental de nuestros propósitos.

Yo no quiero inclinar mi espíritu a las comodidades de la desconfianza sistemática. Yo creo que no estamos acariciando un sueño irrealizable quienes hemos venido a componer la Comisión; sino que de la obligación que se nos ha trazado, bien cumplida por nosotros, resultarán realizaciones efectivas del citado ideal interamericano. Incluso para impedir que el amparo de propicios formalismos legales, que en determinados momentos puedan resultar protectores de no muy limpios beneficios materiales, se desdeñen y se menosprecien las obligaciones del orden moral que se hayan contraído en aplicaciones de mejor calidad humana. Que de buena sólo puede ser calificada la que sin dobleces se cña a los imperativos de la razón y la justicia.

La soberanía nacional es materia de obvia y primordial importancia, pero no lo es menos la persona humana en sí, objetivo final -muchas veces olvidado- de la acción del Estado y de todas las empresas de engrandecimiento colectivo.

Claro que no es tarea de hoy para mañana ponerle limitaciones a los ejercicios de opresión y atropello de los derechos humanos, para los cuales parece nacida y crecida una grande y repudiable porción de la humanidad; pero la experiencia que aquí se ensaya dentro de la citada evolución del derecho interamericano, no puede ser totalmente infructuosa.

Hay sed de justicia en varias partes del continente americano. La padecen pueblos concientes, poseedores del inviolable derecho de procurarse bienestar material y espiritual que sean respetados, y nuestra Comisión, obediente al propósito de proteger y defender los derechos constitutivos de la dignidad humana, no puede estar destinada al fracaso, como ocurrencia de soñadores, pues, por lo contrario, tiene su razón de ser en las mejores aspiraciones del espíritu americano.